



HORACIO QUIROGA

El arte de pensar en el lector

MARÍA DE LOS ANGELES
GONZÁLEZ

Según Horacio Quiroga (1878-1937) en «Los trucos del perfecto cuentista», el arte de agradar a los hombres en literatura se consigue bastante bien «escribiendo mal el idioma». En cambio, para agradar a las mujeres se requiere un don «de particularísima sensibilidad, que escapa a la mayoría de los escritores». Es fácil detectar la ironía de sus palabras, sobre todo si se toman en cuenta las concesiones que tuvo que hacer a veces para publicar sus cuentos.

Estas ideas permiten establecer dos grandes zonas en su narrativa. Por un lado, los relatos rudos, de ambiente selvático, y, por otro, los cuentos «de amor», aparecidos en revistas de actualidad para un público femenino. Sin embargo, nada dice del receptor infantil, aunque en 1918 el autor publica *Cuentos de la selva* para los niños, título que llevó en la primera edición. El autor seguirá explorando las necesidades del público infantil en algunos cuentos de *El desierto* (1924), en *Cartas de un cazador* (relatos publicados en revistas argentinas entre 1922 y 1924), en el conjunto de textos también dados a conocer en la prensa bajo el título *De la vida de nuestros animales* (1924-25). Pero la más clara y eficaz inversión en este tipo de escri-

En sus cuentos infantiles, los pasajes explicativos son siempre muy breves.

tura ocurre cuando prepara junto a Leonardo Glusberg el volumen *Sueño natal* (1931), adoptado como texto escolar en escuelas argentinas.

Quiroga no fue un narrador intuitivo. Su preocupación teórica sobre la narración breve se manifiesta en distintos artículos que problematizan su composición, su lenguaje y el público al que se dirige. Es posible suponer, entonces, que pensó el cuento infantil como una categoría o una subclase na-

A juzgar por los elementos que consideró a la hora de escribir para niños y jóvenes, es muy probable que Horacio Quiroga haya concebido este tipo de relatos como un subgénero con rasgos propios.

rativa con rasgos propios. Todos responden a las leyes básicas de brevedad y concisión, manifiestas en diversos artículos; todos insisten en el férreo control sobre los elementos del relato, así como en la economía de lenguaje. El respeto a la premisa de no distraer al lector con consideraciones inútiles debe reforzarse, en este caso, por tratarse de un público menos paciente, al que hay que «engañar» sin pausas. En los cuentos infantiles de Quiroga los pasajes explicativos son siempre muy breves, con un cometido didáctico o para suministrar una información imprescindible.

Otra preocupación tiene que ver con la creación del «color local», aspecto que encuentra aquí un tratamiento propio. En más de una ocasión Quiroga recomendó no abusar del folclorismo, del «paisaje grabado», y afirmó que es preferible contar con «un gran desenfadado, que nos hace dar por perfectamente conocidos los términos y detalles de la vida del país». Respecto del lenguaje, recomendando el uso del español «normal» con alguna frase o vocablo que recoja la lengua local, antes que el abuso de la reproducción fonética del habla popular regionalista.

Tratándose de *Cuentos de la selva* está claro que Quiroga busca capturar niños pequeños y presumiblemente de las ciudades, para quienes el ambiente «exótico» es un atractivo fundamental. Otro es el caso de varios textos de *El desierto*, que parecen atender a un público un poco mayor, capaz de advertir nociones como el conflicto entre cultura e instinto. En estos casos la intención alucinante es explícita.

Algunos relatos de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), en los que se describe la aventura, la lucha contra la naturaleza y la adversidad, pudieron dirigirse más a un público adolescente, el mismo que por esa época podía leer a Kipling, a Salgari, o a Jack London. En todos los casos, apa-



PIONERO.— Horacio Quiroga, los escritores «serios» de Hispanoamérica se dedicaban su tiempo a escribir narraciones para niños o jóvenes.

recen rasgos de crueldad o concesiones morbosas.

La eficacia de los cuentos de Quiroga entre el público infantil y juvenil tiene que ver, probablemente, con el manejo del suspense que el escritor cultiva y perfecciona en toda su producción cuentística, así como con la simplicidad de lenguaje y estilo, pero básicamente con el cuidado con que el autor atiende los intereses de sus receptores. Otro mérito de estos cuentos consiste en que siendo novedosos en lo anecdótico y en la ambientación, adhieren en buena medida a una tradición, por lo menos centenaria, que determina los rasgos del relato infantil. Sin embargo, en la América hispana hasta Quiroga los escritores «serios» no distraían su tiempo en escribir narraciones para niños o jóvenes. También en este aspecto, como en tantos otros —la crítica cinematográfica, por ejemplo—, Quiroga fue un pionero.

Uno de los recursos de la

tradición del género consiste en la personificación de los animales. Quiroga la usa libremente, llevándola desde el simple uso del habla hasta la incorporación de valores humanos y sociales. Es posible encontrar en algún relato el componente mítico: una historia que justifica el origen de un fenómeno natural, por ejemplo en «Las medias de los flamencos». Un tercer elemento es el didáctico. A veces se trata simplemente de explicaciones sobre la dieta o los hábitos de tal o cual animal, aunque el dato siempre hace necesario a la historia. En la mayoría de los casos se maneja en el terreno de los valores morales o sociales.

En sus cuentos no aparecen transformaciones ni irrupciones de lo maravilloso. Más bien hay un intento de verosimilitud, de respetar las leyes de la lógica. Otra novedad de Quiroga respecto a los arquetipos tradicionales resulta de desatender las categorías que

ligan determinados simbolismos a ciertos animales. De este modo, las víboras pueden ser victimarios pero también víctimas de los inocentes flamencos. Sin embargo, a diferencia de Kipling —con el que Borges vinculó a Quiroga—, el tigre no encapa a su papel fiero y hasta asombrado. La selva para Quiroga no es un lugar paradisíaco, sino un escenario de lucha, donde la muerte es legítima y, a veces, natural. El hombre, en ocasiones, aparece como un depredador injusto («La guerra de los yacarés») y debe morir; pero tampoco esto es una constante: debe matar en «El paso del Yabebirí» para salvar su vida, y el éxito del hombre significa el triunfo del bien sobre el mal.

En sus relatos coexisten distintos niveles de significa-

La selva no es un lugar paradisíaco, sino un escenario de lucha.

ción, que posibilitan una lectura para niños y otra para adultos. Quizá pueda decirse eso de todos los cuentos, aunque si no es tan evidente en los relatos como los de Perrault o los Grimms, sí es clara la doble valencia que se registra en ilustres antecesoros que marcaron la narrativa infantil del siglo XX, como Lewis Carroll (Alicia en el país de las maravillas), Rudyard Kipling (Libro de la selva) o Mark Twain (Las aventuras de Tom Sawyer y Las aventuras de Huckleberry Finn), quienes proporcionan al pequeño lector aleccionadas aventuras, bromas y desparpajo, a la vez que permiten advertir al adulto una visión nostálgica y desencantada de la vida.

Quiroga ha asimilado todas estas lecturas y las ha adaptado con su estilo conciso, que seguramente aprendió en el periodismo y en la línea del cuento corto norteamericano y en el francés. Ese aprendizaje le da buenos dividendos también en el relato para niños y jóvenes.

«El País» de Uruguay / GDA

El arte de pensar en el lector [artículo] María de los Ángeles González.

Libros y documentos

AUTORÍA

González Coulon, María de los Ángeles

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El arte de pensar en el lector [artículo] María de los Ángeles González. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile